

## **SANTIAGO APÓSTOL, PATRÓN DE ESPAÑA**

**1ª lectura** (Hechos, 4, 33; 5, 12.27-33; 12, 26): *Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres.*

**Salmo** (66, 2-3.5.7-8): *«Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben»*

**2ª lectura** (2ª Corintios, 4, 7-15): *Todo es para vuestro bien.*

**Evangelio** (Mateo 20, 20-28): *El que quiera ser grande, sea vuestro servidor.*

Interrumpimos este domingo la lectura continuada del evangelio de Marcos, propio de este año, para celebrar la festividad de Santiago Apóstol, patrono de España. A lo largo de este año será muchos los que, por diversos motivos, vayan a Santiago de Compostela a ponerse a los pies del apóstol, que según la antigua tradición trajo el anuncio del mensaje de Jesús a los pobladores de las tierras de España en el siglo primero.

Llegarán gentes de muy diversos países, aunque la mayor parte, lógicamente, serán del continente europeo, por la proximidad geográfica y las raíces culturales comunes. Pero, no siempre los motivos que encaminan hacia Santiago son de tipo religioso, los hay también de tipo cultural para conocer el arte y las costumbres de los diferentes lugares que atraviesa el camino, y hasta motivos de carácter deportivo para probar la capacidad de caminantes, de ciclistas y de los peregrinos de diferentes edades.

La vida habitual de la mayoría de los seres humanos transcurre en un mismo lugar, con las costumbres y tradiciones heredadas y relacionadas con un círculo relativamente pequeño de personas. A lo largo de los años vamos almacenando recuerdos que van ocupando espacio físico y memorístico sin que nos demos cuenta. Sólo, cuando tenemos que cambiar de vivienda o de estilo de vida, nos percatamos de la cantidad de cacharros que hemos ido almacenando y del montón de hábitos y prácticas que constituyen nuestra forma de ser y de relacionarnos con los demás.

Cuando llegan esos momentos y tenemos que dejar cacharros hábitos y costumbres, nos damos cuenta de lo frágiles que somos. Pero también descubrimos que el verdadero tesoro, el que no se destruye, viene con nosotros; es lo que somos cada uno. Una de las cosas que resulta siempre más difícil a la hora del discernimiento es tener que elegir entre varias cosas que nos parecen todas buenas, o deber abandonar algo o a alguien que apreciamos mucho, que nos parece fundamental y necesario en nuestra vida.

Nunca resulta sencillo abandonar costumbres y viejas creencias para comenzar un camino nuevo; mucho menos si en ese abandono entra además dejar puestos de poder y de privilegio. Esto es lo que les sucedió a los judíos, sobre todo a sus dirigentes, en tiempos de Jesús y de la predicación apostólica. Dejar de ser el pueblo elegido por Dios, reconocer que han hecho asesinar a su enviado y que también los paganos son hijos de Dios, era demasiado. Había que borrar toda huella del nazareno y tratar de silenciar a sus discípulos, que no mostraban ningún respeto a su autoridad.

Pero el verdadero camino que el Maestro Jesús había iniciado con el anuncio de la Buena Noticia a los pobres, con la curación y liberación de los oprimidos y que había concluido con la entrega de su vida en la cruz, no podía silenciarse. El Espíritu, que Jesús había prometido y que los apóstoles habían acogido en Pentecostés, transformó a ese grupo, temeroso y encerrado, en audaces testigos de la resurrección de Jesús: el final del camino no es la muerte, sino la vida nueva a la que todas las personas somos invitadas por la conversión de nuestro corazón, y esta gran noticia había que darla a conocer por el mundo entero.

A nosotros nos suele pasar que cuando pedimos algo, lo hacemos sobre todo con afán de almacenar, tener más cosas, más poder, mejor situación material... Difícilmente nos planteamos que la petición vaya acompañada de algún tipo de abandono. Por eso, ante la petición que la madre de Santiago y Juan le hace a Jesús, éste le contesta: **«No sabéis lo que pedís».**

Jesús, con su ejemplo de servidor universal, invita a que todos sus seguidores hagamos lo mismo en medio de las sociedades que nos toca vivir. De este servicio se beneficiarán las personas que aparezcan en nuestro camino, sobre todo si es un servicio, desinteresado, a todas las causas justas de la humanidad. Y puesto que, **«Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad»**, el servicio que debemos prestar a la humanidad es la defensa de la verdad, de la vida y de los derechos de los más débiles y desfavorecidos.

Ese será el verdadero y buen camino que hemos encontrado escuchando a Jesús y a sus seguidores que, como el apóstol Santiago, desde la debilidad fueron testigos de la fuerza y el poder de Dios que resucitó a Jesús de entre los muertos.